

## Apuntes acerca del mundo laboral preindustrial

---

A guisa de introducción señalaremos que el hombre, en todos los órdenes, como lo podremos corroborar en más de una ocasión, se mueve dentro de un proceso evolutivo. De cazador-pescador llega a pastor-agricultor y, más adelante, alcanza los predios de la industrialización, con las implicaciones socio-económicas correspondientes que trae todo ello consigo.

Apuntaré que hoy, el paso del paleolítico al neolítico no se contempla en función del esculpido de la piedra, como del cambio de una vida de cazador-pescador a una economía agropecuaria.

Pero el hombre escapa, con más frecuencia de lo que parece, a un encaillado ordenado o cronológicamente rígido, derivado de su medio de vida. El esquema hartó socorrido de hombre cazador, pastor-labrador e industrial –ciertamente, en términos generales–, ofrece numerosas fisuras. Con frecuencia, unas actividades se presentan confundidas con otras, y una separación clara de ellas en el tiempo presenta sus dificultades.

El curso evolutivo del hombre se ha llevado a cabo dentro de la convivencia de distintas culturas. Tanto es así que hoy mismo el obrero que abandona la moderna nave industrial puede topar con el rebaño en trashumancia. En trashumancia corta o de cercanía –*etxe ondokoa*– o en aquella que en su andadura salva distancias más largas, que puede traer consigo la alteración de las costumbres y lengua autóctonas secularmente observadas.

Avanzando en el discurrir del tiempo que llega hasta nuestros días, diremos que el pastor se ha movido principalmente en terrenos que escapan a la propiedad privada. El pastor disfruta de las tierras; pero no las posee. Las tierras comunales, bien sean las llamadas *parzonerías* como las denominadas *facerías* nos llevan con facilidad al mundo pastoril. Las primeras nos asocian a tiempos premunicipales y con las *facerías* del Pirineo alcanzamos épocas preestatales.

En el pastor tenemos a un privilegiado observador de la naturaleza, que nos ha legado pruebas paladinas de su capacidad en el campo de las artes plásticas. Ha demostrado asimismo la destreza en otros diferentes quehaceres manuales, de manera particular en aquellos relacionados con su medio. Se ha entregado a la elaboración del queso, al labrado y talla de la cuchara de madera, se ha dedicado al menester del hilado y a la ulterior confección de algunas prendas de vestir.

Señalaremos que de todas las civilizaciones que han existido, la más rural es la medieval.

Puntualiza Duby que la historia agraria de Occidente cobra rasgos precisos a partir de la época de Carlomagno. Los textos anteriores al 800 que se conservan son escasos y no permiten distinguir debidamente las etapas de una evolución, ni siquiera sus grandes fases.

En la Alta Edad Media, en el aldeano teníamos al artesano. Cada casa rural era un taller. Y ahora diremos que por artesanía entendemos el trabajo o producción que en su parte principal se realiza manualmente, el quehacer en el cual el útil de trabajo ocupa un lugar secundario tras el hombre. Mentado el trabajo manual, es obligado hacer al respecto unas consideraciones de validez general. Se debe tener en cuenta que el hombre ante las mismas necesidades, responde, dentro de sus posibilidades, de igual o parecida forma, que pone a su servicio medios muy similares, examinada la cosa desde una panorámica generalizada. Queremos decir con esto que el trabajo manual, mucha artesanía considerada como vasca, puede ser muy bien nuestra; pero no sólo y exclusivamente nuestra. Lo apuntado se debe tener presente; mas vemos que se olvida con harta ligereza.

Otro extremo a tener en cuenta al hablar del trabajo manual es que en contra de lo que se piensa con frecuencia, su técnica de producción se ha llevado a cabo dentro de un proceso evolutivo, más o menos importante y acelerado. Antiguamente, la llanta de la rueda maciza del carro rural la introducían en frío; mas, últimamente, el carpintero o herrero la colocaba previo calentado y asida por medio de unas tenazas. Y sin abandonar este medio de transporte pasamos al freno, dejando de lado a la *narra*, indicaremos que he visto carros con una de las ruedas que llevaba un orificio ferrado para la vara o cadena utilizada de freno, freno que en carretas más modernas consistía en un zoquete de madera que se aplicaba a la llanta de la rueda respectiva.

La rueca de hilar es una máquina producto de la evolución, y no responde a modelo único. El telar manual ha estado sujeto a un proceso de transformación, dentro del campo de su perfeccionamiento. De esta manera tenemos que del telar vertical se pasaba al horizontal.

Investigué acerca de un artesano dedicado a forjar el clavo, que trabajó a comienzos del siglo XX en Durango y cuyos útiles del oficio se reducían a un yunque, que contaba con la tajadera correspondiente, y a una sencilla cla-

vera de mano. A su lado, un coetáneo del mismo oficio seguía una técnica de forja, aunque modesta, algo más evolucionada. Este, con taller en Tolosa hasta su cierre allá por el año 1920, para llevar a cabo su labor se valía de un armazón en el cual se ajustaba un troquel con un orificio, en el que quedaba lo que iba a ser el clavo. La cabeza conseguía por medio de un martillo pilón, que a su vez contaba con otro troquel *macho*, que accionado por medio de un pedal al alcance del artesano, cala sobre el troquel citado primeramente.

En la Baja Edad Media era frecuente el censo anual satisfecho en lingotes de hierro, hachas, rejas de arado, etc. La madera no se hallaba exenta de este tributo.

Esto me recuerda, hasta cierto punto, a una especie de iguala que en algunos medios ha llegado hasta nuestros días. A menudo, el forjador recibía del cliente la materia prima, que la podía trabajar a cambio de una pensión anual en cereales. El herrero podía cobrar también al aldeano determinada cantidad en especie, a cambio del afilado de diversos útiles o aperos de labranza.

*Alperrik egingo dau eun duket garixek, ardaue erango dau errementarixek* (Ya puede valer cien –muchos– ducados el trigo, que ya beberá vino el herrero). Este dicho que lo recogí en Aramaio, tiene su origen en la iguala que tenían los aldeanos y el herrero o *errementarixe* del Valle.

En la localidad navarra de Arriba, *zorrozture* era la iguala anual que el aldeano tenía con el herrero, por el afilado de diferentes útiles de trabajo. Por *errementari garie* o *trigo para el herrero* se conocía en Ataun el cereal que se entregaba anualmente al herrero, por igual concepto que en el mentado pueblo navarro del Valle de Araiz.

Con la división del trabajo surge el artesano especializado. En la Baja Edad Media van desapareciendo las construcciones de madera y se levantan edificios de piedra y hermosos y amplios templos góticos.

Con la evocación de los maestros canteros no pasaremos por alto las estelas que enriquecen el acervo de nuestro trabajo manual. Las estelas nos llegan como prueba del recuerdo a los muertos. Su emplazamiento primitivo fija el lugar del enterramiento. Estas lápidas de disco sobre tronco no son exclusivas del País Vasco; mas ellas, muchas de ellas al menos, nos ayudan a conocer el arte de nuestros antepasados para esculpir la piedra. Junto a algunas estelas sin inscripción alguna o ilegibles por la acción del tiempo, encontramos otras con reproducciones de distintos motivos, como monogramas, esvásticas y otras cruces de estilos diferentes, flores y astros, así como con los atributos y herramientas que de alguna manera evocan al difunto.

A una canción navideña corresponde esta letra relacionada con el carpintero, *arotza* o *zurgina*:

*Josepe, gizon ona  
arotza zera zu,  
aurtxo polit onentzat  
seaska egizu.*

Acerca de la herramienta tan empleada por el carpintero como es el berbiquí, anotaremos que su aparición se puede fijar en la tercera década del siglo XV, y esto lo apuntamos con las reservas propias de estos casos, cuya conclusión se basa en testimonios gráficos y se halla sometida a frecuente rectificación.

Instrumento de trabajo más antiguo que el berbiquí es la sierra. Para hallar su origen recurriremos al vasto campo de la leyenda.

En el País Vasco se conocía el hierro pero no la sierra, empleada por los gentiles para talar los árboles.

*San Martin Txiki* era herrero y en el diablo teníamos al herrero de los gentiles. Un buen día, *San Martin Txiki* mandó a su criado a la fragua del diablo con el encargo de pregonar en este taller que ellos estaban también en el secreto de la sierra. Al oír esto el diablo, comentó: «No conocería la sierra si antes no se hubiese fijado en la hoja de castaño». Comentario que resultó suficiente para que en el taller de *San Martin Txiki* se forjase la sierra.

En la rica talla románica de La Antigua de Zumarraga tenemos un valioso legado que nos lleva a inferir cómo serían varias de nuestras antañonas construcciones, de manera especial las emplazadas en zona maderera.

La vida del caserío ha girado, en parte, en torno al hogar, y aquí ha figurado el arquibanco, *zizaillua*, *txitxillue*, etc. Mueble de amplio respaldo, que sirve de abrigo contra el frío y las corrientes de aire, y de doble utilidad, puesto que es al mismo tiempo arca o caponera.

Representativo del mobiliario vasco es también el arca, *kutxa*, *kaxie*, etc. Con el arcón recordaremos algo que llevamos señalado, que es mueble vasco pero no solamente vasco, pues la talla a base de dibujos geométricos la hallamos en Escandinavia, Austria y Suiza, así como muy al interior de los países balcánicos.

Las arcas góticas del siglo XV se hicieron muy similares en toda Europa; podemos afirmar correctamente que son arcones europeos.

Con las arcas del siglo XVI, y de manera especial con las de los comienzos del XVII, de decoración geométrica, el mueble comienza a adquirir carácter local.

Las arcas vizcainas del s. XVIII es frecuente que lleven decoración no tallada y sí dibujada en el frente. Los dibujos van marcados con un punzón y el fondo se martillea por medio de un instrumento con pequeña o fina

punta. De esta manera las figuras quedan netas y lisas, y el fondo adquiere un tono oscuro.

La decoración puede reducirse a círculos y más círculos tangentes o que se cortan –tipo de arcas vizcaino italianas–; a frente decorado con custodias, grandes soles de rayas rectas y el Árbol de la Vida, y al modelo que lleva muy talladas estas mismas decoraciones.

En el trabajo de la talla, el conjunto del ornamento irá en función de la forma de la superficie.

He conocido cómo un artesano de Sumbilla talla y monta una *kutxa*. Es un trabajador manual, autodidacta en este menester. Dato éste a no echar en olvido a la hora de enjuiciar los dibujos que embellecen estos muebles, que escaparán con frecuencia a un estilo determinado, aunque las preferencias del artífice se inclinen al círculo radiado y a cuartos de circunferencia.

Un contrato matrimonial del 18 de diciembre de 1800 ayuda a inferir un poco en qué consistía una antañona y modesta carpintería:

«El referido Juan Ignacio de Jauregui ofreció dar y que darla a dicho José María, su hijo (...), y además, un banco para trabajar en su oficio de carpintería, que eligiese el mismo José María, con su *barleta de fierro*; un serrote nuevo, una hacha y una azuela nuevas; dos garlopas, una mayor y otra menor; un guillame y una juntera, entregaderos todos estos efectos luego que se efectuare dicho tratado matrimonial».

Hemos conocidos varias carpinterías en las que la fuerza motriz brillaba por su ausencia.

En Ullibarri-Arana visité con cierta frecuencia al carpintero del pueblo. Una espesa capa de viruta ocultaba el piso del local, taller de carpintería, en cuyo centro se levantaba un tronco de madera de haya, conocido por *bolete*, sobre el cual el artesano preparaba algunos trabajos que traía entre manos. A un metro de la pared tenía un banco carpintero, que no podía ocultar su vetustez. Llevaba adosados dos tornos metálicos, uno con su prensa, y en su parte posterior reparábamos en los asideros de varios formones, de un gramil y de una escofina o raspa. La superficie superior o tablero de este banco se hallaba cubierta con piezas sueltas de diferentes aperos, así como con varias escuadras metálicas y de madera, una garlopa y un garlopín. Veíamos también un vaciador, que el carpintero utilizaba para el ensamblado, y un barrilete o *barlete* para sujetar la madera a trabajar.

Del techo de viejo maderamen colgaban varios cencerros que, enmudecidos, esperaban a que el artesano les colocase el correspondiente collar. No hay duda de que este local de Ullibarri-Arana era una fiel reproducción de cualquier taller de carpintería de nuestro ayer.

El suegro del aludido carpintero de Ullibarri-Arana se llamaba Juan de Simón, y cuando el padre de éste hilaba de noche y a la luz de un candil de aceite o gas en su casa de la citada localidad alavesa, en el momento más impensado se puso delante un hombre de estatura muy alta y con un visible rabo largo. Este personaje monstruoso desapareció súbitamente, sin pronunciar palabra alguna. El hilador abandonó asustado el trabajo y buscó refugio y sosiego en su habitación.

El carrero o *gurdigillea* ha sido un trabajador manual que ha confeccionado también otros diferentes aperos de labranza.

El carro rural, que en vasco recibe varios nombres, ha sido el medio de transporte que ha frecuentado, secularmente, los caminos de nuestros montes, principalmente. Esta carreta ha estado identificada con la vida del pueblo rural agrícola, no pastoril, extremo éste a tener en cuenta.

En este carro, en costumbre que no es privativa nuestra, en la víspera de la boda se ha llevado al caserío el arreo de la nueva señora de la casa o *etxeoandrea*, acompañado del chirriar que anunciaba el próximo acontecimiento. Como curiosidad agregaré que el aguijón o *akullu* empleado con el ganado destinado a tirar del carro cargado con el arreo de novia carecía de tal aguijón, pues llevaba el extremo plano, para no molestar al ganado.

En un texto correspondiente a Vitoria en el año 1777, que recoge Julio-César Santoyo y figura en su obra *Viajeros por Álava. Siglos XV a XVIII*, se puede leer «Óyense por todas partes los chillidos de los carros del servicio del campo, que parecen trompetas de la Semana Santa».

«La impresión de hallarnos en país extranjero se renovó a nuestros primeros pasos por Guipúzcoa, por un ruido singular que sorprende y admira al viajero antes de acostumbrarse a él. Me refiero al chillido chirriante de los carros de bueyes que se encuentran a cada paso (...), un chirrido arrastrado y penetrante, que oído sobre todo a la caída de la tarde y de lejos, cuando al pronto no se descubre su causa, produce una impresión singularmente triste y opresora»,

anota Guillermo de Humboldt.

Pero este canto del carro rural tenía también su aspecto utilitario y práctico. Por medio de su chirrido anunciaba su paso a través del camino con harta frecuencia pedregoso y difícil. De esta manera facilitaba que el cruce con otro carro se llevase a cabo en el lugar más cómodo posible del recorrido.

Mentados el aguijón y el chirrido del carro rural, recordaré un refrán que lo escuché en el caserío Borda-Txuri de la villa de Berastegi: *Iriik miñ eta gurdik negar* (El dolor lo tiene el buey y llora el carro).

Hoy apenas se hacen de estos carros rurales. Los pocos que salen de las manos del carrero llevan el eje y las ruedas que remedan a los del auto-

móvil. Pero este carro es silencioso, no pregona la alegría de la boda ni la fatiga del trabajo. Se ha convertido en un útil insensible, frío y sin alma.

La llanta de la rueda del carro rural estuvo prohibida por diversas y esporádicas disposiciones en los carros y galeras dedicados al transporte a través de los caminos públicos, por el daño que ocasionaban en el firme de los caminos.

Según pude saber en Eskoriatza, *txutxurrutxuk* denominaban en esta Villa al juego de balancín que llevaban a cabo los niños sentados en ambos extremos de la lanza de este medio de transporte, que es el carro rural.

Otros aperos de labranza, cuya enumeración omito, me llevan a la faena de la siega, que en el País Vasco corría en gran parte a cargo del foráneo contratado para este menester. Entre los segadores, caldereros y tejeros solía ser frecuente la presencia de los franceses.

El empleo de la fuerza del ganado en algunos aperos de labranza nos conduce al yugo de uncir. En el segundo milenio a.C. comenzó en Egipto el uso del yugo doble que pasaba entre los cuernos de los bueyes y se ataba fuertemente al timón.

El yugo vasco es cornal, se apoya sobre la nuca y se sujeta a los cuernos. «Es una pequeña obra maestra», observa Chaho.

En mi labor de investigación acerca de los aperos de labranza me he ocupado en más de una ocasión del yugo vasco. Recuerdo a los *buztarrigñek* de Aramaio; a los *uztargilleak* de Asteasu; al de Bigüezal; al de Ullibarrí-Arana, y al de Luzaide o Valcarlos.

El sitio de trabajo de estos artesano ha sido, con frecuencia, la casa del dueño del ganado. En este caso era corriente que el cliente pusiese la madera precisa para llevar a cabo el menester.

El yugo doble para los bueyes es algo mayor que el de las vacas. Su cara exterior puede ir con tallas de diferentes motivos, como pueden ser vegetales e incisiones de cruces y cabezas de buey estilizadas, poseídas de poderes mágicos de preservación del mal de ojo o *begizko*. En estas tallas tenemos una de las características del yugo vasco.

Partiendo desde una perspectiva general podemos afirmar que la cestería es más antigua que la elaboración de las vasijas de barro, que sabemos arranca del Neolítico.

El cesterero sigue una técnica de trabajo, que en ocasiones ha evolucionado poco a través del tiempo.

A la mayor comodidad posible, el cesterero dispone de un pozo para la conservación del jaro de castaño en verde. El piso de una cestería lo encon-

tramos alfombrado con astillas y virutas. En un taller de esta clase no echamos de menos el horno, si bien he conocido cesteros que carecían de él y trabajaban con el jaro en frío. En una industria casera de estas veremos también un banco, el machete, el cuchillo, el mazo de madera y el molde empleados en la confección.

En el entretejido de la cesta se ha empleado también la corteza de avellano, la enea, la caña, la hierba, etc.

He mentado la alfarería, que hemos señalado nos lleva al Neolítico. El modelado del barro puso a disposición del hombre recipientes de traza hasta entonces difícil de conseguir.

El alfarero no encuentra generalmente la arcilla de calidad a flor de tierra. Para hacerse con ella le será preciso profundizar unos centímetros. Y después de someterla a su necesario tratamiento la llevará al torno. El primitivo alfarero se servía únicamente de sus manos para modelar la arcilla; pero la evolución del oficio puso a su disposición el torno que con pequeñas transformaciones ha llegado a nosotros. El alfarero modela en el torno la arcilla y consigue la línea y el tamaño de la vasija deseada. Este recipiente, ya seco, pasará al horno, donde será expuesto al proceso de cocción.

El cultivo del lino en la Edad Media se extendió por toda Europa y fue la principal fibra vegetal utilizada en Occidente hasta el siglo XVIII. El tejido de lino fue casi el único producto occidental del medievo que se abrió mercados hasta en la lejana China.

La referencia siguiente acerca del lino es del medievo, se remonta al siglo XIII y corresponde a Navarra:

«1234

Memoria de los derechos y pesas que pagaban al rey los moros de Cortes, por Navidad, Carnestolendas, Pascua de Resurrección, Pentecostés y San Juan, en gallinas, carneros, huevos, trigo, cebada, legumbres y lino (...).

Por nuestra parte agregaremos que el lino era objeto de diezmo a la Iglesia.

Quehacer corriente en nuestros caseríos fue el cultivo del lino. El hilo se preparaba en las casas y con él confeccionaba el aldeano lo preciso para cubrir sus necesidades, en mayor o menor parte, según el caso. Esto nos lo dice Orixe en su poema *Euskaldunak*.

*Neskak beretzat digu landu lierria,  
amaika urtetatikan aitak berezia.  
Lio-lanetan baita ain ongi ikasia,  
bilduxea bide du ezkontzeko ornia.*



(Ella misma ha cultivado de moza el lote de tierra que su padre le señaló a los once años, para que fuese preparando su arreo. Como ha aprendido ya el proceso del tratamiento del lino, parece que ha reunido ya el suficiente lienzo para su boda).

La labor de preparar el lino se hacía entre varias personas, y esta reunión de motivo laboral –la *liñugintza*– no estaba exenta de contenido festivo, según pude saber en Eskoriatza.

La *liñugintza* solían organizar ordinariamente las jóvenes, y a ella invitaban a los chicos. Su parte festiva comenzaba al atardecer y se prolongaba hasta bien entrada la noche. La joven o las jóvenes de la casa ponían el pan y las de fuera contribuían con leche para la merienda.

Los chicos no echaban en falta el vino, y todos, el grupo, contaban con una pandereta, un acordeón, etc.

Las jóvenes, con el correspondiente útil de trabajo, producían un sonido rítmico y peculiar, dentro del quehacer de la preparación del lino. Al aludido ritmo acompañaban con una canción, que variaba según el número de chicas atareadas en la labor. Rematada la velada, los jóvenes acompañaban a las chicas a sus casas respectivas.

Al fijarnos en la expansión de las transacciones del lino en el medievo, decimos que el hombre ha superado la fase de producción de autoconsumo y se asoma, al principio débilmente, a la economía de excedentes, que dará origen, acuciado por la necesidad o llevado por el espíritu de lucro, a la actividad comercial, que traerá consigo la aparición de estos centros de contratación que son los mercados y las ferias.

El mercado fijado en la Edad Media podía ser de carácter local, comarcal o regional, y en él privaban los artículos perecederos y los diferentes útiles a de producción artesana. La creación de un mercado iba precedida por el correspondiente privilegio real, y su celebración podía ser unisemanal o de más días. En Tolosa, por ejemplo, solía ser, en época ya moderna, trisemanal, como lo indica el acuerdo municipal tomado el 29 de marzo de 1785.

Las ferias se fijaban en determinadas y consabidas fechas del año y, con frecuencia, en función de la conmemoración festiva correspondiente. Se celebraban en lugares de cómodo acceso. Las ferias, al igual que las villas –y hasta cierto punto las ferrerías, por las atribuciones del llamado alcalde de estos obradores–, se ha movido dentro de un mundo reglamentado. La autoridad del señor de la feria cuidaba de la paz y la normalidad de estos centros de contratación, por medio de las disposiciones correspondientes. Con las ferias surge la letra de feria, precursora de la letra de cambio de nuestros días y se desarrolla y agiliza el derecho mercantil.

Las ferias acercaban al hombre de la Europa Septentrional y al de la zona mediterránea, y eran las rutas de los mercaderes las que ponían en

relación a los trajineros de Oriente y de Occidente. Este intercambio no se limitaba solamente a la actividad de signo mercantil, sino que abarcaba asimismo los campos del conocimiento y del saber en sus diversos aspectos.

La fundación de las villas trajo consigo un cambio radical en la sociedad vasca, y la dedicación al ejercicio de la industria y el comercio crea una clase social nueva. Y con la creación de las villas en la Baja Edad Media, la mayoría de las ferias se acogen a la protección de aquellas. Buscan la seguridad de las murallas y el resguardo y cobijo del porche y se levantan las alhóndigas y los depósitos o fondacos.

Mucho más tarde, las Juntas Generales de Guipúzcoa celebradas en Ordizia en el año 1727 prohibían las ferias en despoblado, y en este caso se encontraba, entre otras varias la que tenía lugar en el barrio bergarés de Elo-sua, que se celebra de nuevo en estos últimos años.

Prosigamos. Volvamos a casa.

Cuando G. de Humboldt describe el caserío vasco, apunta: «En la sala un telar para hacer el lienzo de los menesteres de la casa. Pero esto no hay en todas partes».

Hubo otros telares algo mayores, manejados por tejedoras o tejedores profesionalizados, que vivían del oficio. *Poco se gana hilando; pero menos mirando*, fue el comentario que pude escuchar en uno de aquellos antiguos talleres.

Retirado del oficio en el año 1936, conocimos al último tejedor o *eulea* de la localidad vizcaina de Dima; no se me olvidan las agradables e interesantes visitas que me hacía el *eule* o tejedor de Régil, José Azurmendi Iturri (1881-1962), y mi inquietud investigadora me llevó a frecuentar la casa de quien el año 1845 cerró esta actividad fabril en Arbizu, el tejedor o *eunzalea* José Joaquín Razquin Lazcoz (1883-1974).

Llevo señalado que el telar primitivo era vertical, en el cual los hilos de la urdimbre, fijados en el travesañ superior del bastidor, pendían merced a pesos atados a su extremo inferior, que aseguraban su tensión.

La paternidad del telar horizontal, en tiempos que se remontan a mediados del segundo milenio anterior a nuestra Era, se atribuye a los egipcios. Dentro de sus particularidades principales, como es el movimiento alterno de los hilos pares e impares de la urdimbre, el telar horizontal no ha escapado a la inevitable innovación, como llevo anotado.

Las noticias concretas más antiguas acerca del telar en Europa nos llevan a una descripción de fines del siglo XII, a los descubrimientos arqueológicos de comienzos del XIII y a una ilustración inglesa de este ingenio, que corresponde a los años de mediados del siglo XIII. En el siglo XIII son ya corrientes los telares a pedal. Pedal del cual carecemos de pruebas de su

antigüedad, salvo en China, donde lo empleaban en los telares del siglo II de nuestra Era.

Una de las pruebas de la antigüedad de la industria textil en el País Vasco la tenemos en *Las Ordenanzas de los pañeros vergareses del siglo XV*, confeccionadas y confirmadas en 1497.

Según me dijo Razquin Lazcoz, en una jornada de trabajo que iniciaba a las seis de la mañana y respetando el paréntesis del mediodía, la daba por concluida a las ocho de la tarde, confeccionaba diez, doce o catorce varas de largo por tres cuartos de ancho. Esta diferencia en la producción había que buscarla en la calidad del hilo empleado.

Por la confección de una vara o *kana navarra* (0,785 m.) de largo en una pieza de tres cuartos o *iru kuarta* de ancho cobraba un *sueldo* o *sueldo bat*, y por la de cinco cuartos o *bost kuarta*, diez céntimos más. Señalaré que el *sueldo* del tejedor de Arbizu equivalía a veinticinco céntimos.

En nuestros días, salvo contadas excepciones, podemos afirmar que el tejedor artesano ha desaparecido. Y así, su telar, aquel viejo ingenio de madera –dentro de un modelo parecido, en Mutiloa conocimos un telar de hierro– es cosa del pasado. Las pocas de estas máquinas que se conservan, arrumbadas o recogidas en algún museo, no encuentran al tejedor que mueva los pedales y accione la lanzadera. El hombre de nuestros días ignora aquel monótono sonido del telar. Por este ruido, la casa de un tejedor de Hondarribia recibía el onomatopéyico nombre de *Ran-ranenea*. Aquel peculiar triquitraque, producido por el peine al cruzar el hilo, se interrumpía a la rotura de éste, como se puede inferir por lo indicado al hablar de la producción de un tejedor. Si la rotura del hilo se producía con más frecuencia que la considerada como normal, ello exasperaba al tejedor, que veía cómo transcurrían las horas sin rematar la labor prevista para el día, si se prodigaba el paréntesis silencioso del telar, no faltaba el comentario de los vecinos, que decían: *Euleak umore txarra dauka gaur* (El tejedor está hoy de mal humor).

Al tejedor lo teníamos en casi todos los pueblos. En el año 1787, Tolosa contaba con veinte de estos talleres, en los cuales se ocupaban ciento veinte operarios.

En la segunda y tercera décadas del siglo XX es cuando podemos fijar el acelerado del proceso de desaparición de este modelo de actividad fabril.

Por lo que llevamos dicho se infiere la importancia del manejo de la herramienta o instrumento de trabajo. Y con esto evoco la leyenda del rey Salomón. Este invitó a tomar asiento en el sillón de su trono a aquél que más hubiese contribuido a levantar el grandioso templo. Entre los miles de obreros se adelantó el herrero a ocupar el asiento, al tiempo que decía: «Preguntad a todos vuestros operarios, ¿si yo no les hubiese preparado la herramienta hubiesen podido llevar a cabo su trabajo?».

Mentado el herrero me acercaré a su lugar de trabajo, a su fragua. Me ocuparé de la forja del hierro.

El desarrollo agrícola es una de las condiciones necesarias para la industrialización. Un paso adelante en la productividad agrícola libera mano de obra y altera la balanza económica de la oferta y de la demanda.

La evolución de la cultura agrícola trajo consigo el incremento del empleo del hierro, en aperos o *lanabesak* cada vez más cómodos y logrados para su respectivo cometido.

Al hablar de Revolución Industrial no debemos desestimar las innovaciones y los descubrimientos técnicos que facilitaron la transición de la dedicación artesana al modelo de producción industrial moderno, en evolución asimismo, como es bien sabido de todos. Ahora bien, la Revolución Industrial no sólo transformó los métodos de trabajo, sino que revolucionó también el aspecto humano del trabajador. Del mundo artesanal y corporativo se pasó al hombre que vive supeditado por la máquina, y este cambio se llevó a cabo siguiendo caminos y procesos diversos, que pasaban, con frecuencia, por la coexistencia del nuevo fabricante/empresario y el artesano fiel a vieja técnica de trabajo.

El campesino del medievo se servía cada vez más de las ventajas que le ofrecía el hierro, y el herrero pasaba a formar parte cada vez más importante de la respectiva comunidad.

Superada la técnica de las ferrerías de monte o *aizeolak*, la creciente importancia de la producción de las *zearroak* o ferrerías que aprovechaban la fuerza hidráulica trajo consigo una mayor actividad industrial y mercantil, siendo una de las manifestaciones de lo que acabo de apuntar la aparición de linajes vinculados a la industria del hierro.

El ferrón ha figurado como patrono o ha vivido en condición de asalariado, y aquí se daba, a menudo, la actividad complementaria y temporera del aldeano.

En lo que denominaré contrato de ferrerías se encontraban incluidos el anuncio de almoneda, la ulterior subasta, el documento de arrendamiento, el reconocimiento pericial y la entrega de la ferrería. Aunque en muchos contratos llevados a cabo directamente entre el propietario y el arrendatario, estos trámites se viesen simplificados. En este caso no tenían razón de ser el anuncio de la almoneda y la posterior subasta. Pero no nos extenderemos acerca del aspecto contractual de las ferrerías, pues no lo juzgo de interés en esta ocasión, y, por otra parte, ha sido tratado en trabajos meritorios últimamente.

Como elementos más importantes de una ferrería emplazada cerca de un río tenemos el canal o *antepera* -voz generalizada-; las ruedas hidráulicas con sus respectivos ejes dentados; el martillón; los fuelles; la fragua; el yunque y el canal de desagüe, *estolda* o *estoldie*.

No se puede ignorar el poder de condicionar que tiene la Economía. Mas en la ferrería no todo era producción, no todo era número. Detrás de todo esto ha estado siempre el hombre, que en muchos trabajos acerca de aquellos obradores pasa inadvertido, se ve relegado cuasi al olvido.

La proximidad de las ferrerías solía ser motivo harto frecuente de disputa entre los ferrones y entre estos y las villas, debido principalmente al corte de leña, al derecho a carbonear en determinados lugares, al aprovechado del agua, etc. Para este último caso, relacionado con el agua, las disposiciones forales vizcaínas eran bien claras, puesto que todo aquel que levantase una ferrería próxima a otra existente aguas abajo, lo debería hacer de forma que no perjudicase a ésta. Aquí se incluye la regulación del construido de presas, origen también de frecuentes pleitos entre dueños de obradores vecinos.

Que el verano, por la escasez de agua que se daba a menudo, era la época de inactividad más corriente de una ferrería, se repite continuamente y es cosa que se tiene en cuenta a la hora de aportar datos sobre la producción. Mas el ferrón se veía también ante situaciones imprevistas que alteraban su trabajo, como bien podía ser la ocasionada por el exceso de agua. Y de esto se sabe menos. La relación inundación/productividad no se ha estudiado con mucha o debida atención, como he podido comprobar. Y ello no por falta de orientaciones reveladoras de esta y otras inquietudes que encontramos en documentos relacionados con aquellas industrias.

En este sentido son de interés estas anotaciones. En la ferrería vizcaína de Ibarra el 2 de diciembre de 1829.

«Entrada de agua a las nueve de la mañana, se mojó el fogal, hasta el día tres a las nueve de la mañana».

«7 de febrero de 1830. A las tres y media de la tarde del 6 paró la ferrería por entradas de aguas, que fue aumentándose de resultas de la lluvia y viento que derritieron repentinamente las nieves. De dos y media a tres de la mañana llegaron las aguas a su mayor altura. En la ferrería faltaba una pulgada para cubrir las cajas de los barquines. Sólo se ha ahogado un becerro en la casita de Machiritaña. Los demás ganados se han salvado subidos sobre un montón de fierro. Las aguas bajaron y abandonaron las casas y campos antes de las diez de la mañana. Según marcas, las aguas subieron en mayo de 1801, tres pies más que esta vez, y en 1762 llegaron a tres pies y cuatro pulgadas más».

«A las ocho y media de la mañana de ayer –19 de febrero de 1830– paró la ferrería por haberse descubierto un derrame considerable de agua desde la antepara al arco delante del mazo. Concluida la obra –de reparación– se han echado las aguas a las cinco de la tarde».

«4 de enero de 1833. El día 2 para la noche volvieron los oficiales. El 3 no pudieron trabajar por entrada de agua. Pusieron toberas nuevas. El 4 al amanecer empieza la fundición».

Relacionado con el quehacer de la reparación de una ferrería traeremos a colación un curioso y anecdótico comentario:

«Este día –6 de diciembre de 1830–, cuatro (famosos) jornaleros míos –ferrería vizcaína de Ibarra– han tenido el valor y fuerza de conducir en hombros en una angarilla como si fuese el emperador Moctezuma, una losa desde mi casa, como cien pasos, y aturdido de su valor, infamia y haraganería he hecho pesar la losa, y en la pesa no ha llegado a ocho arrobas, de modo que, después, uno de los mismos hombres, solo, la ha llevado con facilidad, cuando antes se ocupaban cuatro jornaleros».

He citado de manera reiterativa el agua, y con ella, y en función de la ferrería, nos encontramos con el problema de la limpieza del río, agravado en nuestros días por diversos motivos, como son la proliferación industrial y el aumento demográfico. Conocemos casos concretos de protestas relacionadas con lo que acabo de apuntar, y que corresponden a los siglos XVII, XVIII y XIX.

*Olatikan beñere berri onik ez* (De la ferrería nunca noticias buenas).

El trabajo de la ferrería era duro; mas el puchero de los ferrones no era raro que estuviese bien condimentado y sabroso. En cierta ocasión me decía José Miguel de Barandiaran cómo en Ataun se ha llamado *olatsua* –mujer de ferrón– a la mujer rica en carnes. Aunque *atsoa* es anciana y, en algunos sitios, mujer casada y sin hijos, por lo general es expresión empleada en sentido peyorativo, aunque no sea éste el caso de la *olatsua* de Ataun.

Dejaremos constancia de que son bastantes frecuentes las cuentas de los ferrones donde aparece la provisión de signo alimenticio.

Sin abandonar el aspecto humano del ferrón, señalaremos que estos no dejaban de celebrar las distintas conmemoraciones que les deparaba el ciclo anual.

En las cuentas de la ferrería vizcaína de Sarrikolea correspondientes al año 1799, consta: «A los oficiales, la noche de Carnaval que andaba la ferrería, por ser costumbre les di dos azumbres de vino». En anotaciones de 1801, leemos: «Convite dado a los oficiales según costumbre con motivo de Carnaval».

Sin abandonar esta ferrería pasaré a Navidad. En el año 1798 se anotaba: «Unas arroba de bacalao en cuatro pescados, para los cuatro de la ferrería, por Navidad».

Aquellos ferrones u *olagizonak* de este mismo obrador practicaban también la caridad, como nos lo corroboran las anotaciones siguientes:

«Febrero de 1828: A los oficiales de la ferrería, para la limosna del Carmen, 14 reales».

«Enero de 1830. A los oficiales de la ferrería, para la limosna del fraile del Carmen».

Dentro de la presencia humana del ferrón, y sin dejar para más adelante, no silenciaré el nombre de Juan Fermín de Guilisasti.

En el año 1752 recibía J.F. de Guilisasti el real nombramiento de Inspector de Anclas, cargo en el que no se vio libre de incomodidades. El artesano de Aia reglamentó las medidas que según el peso deberían llevar las áncoras.

Juan Fermín de Guilisasti fue el primero que forjó entre nosotros el ancla de setenta y dos quintales, que hasta entonces, año 1739, se importaba de Holanda. Y fue en este País adelantado en esta dedicación industrial, donde el ferrón de la villa guipuzcoana de Aia se hizo con el secreto del fabricado del ancla de gran peso, después de superar más de un obstáculo y adversidad.

En el barrio de Santiago, de Aia, próximas una de otra se encuentran las casas de labranza Arrazubia Olaurre, Arrazubia Aldekoa y Arrazubia Olazabal, y contiguo a este último caserío, y en su parte posterior, contemplamos aún las semiderruidas paredes de lo que fue el obrador de Guilisasti.

En Getaria hemos conocido a dos ancoreros o *ainguragilleak*. En el puerto de esta Villa visité años atrás los obradores de Augusto Egaña e Ignacio Ostolaza Illarramendi, a quienes vi trabajar el ancla.

Pocas eran las plazas de los pueblos rurales a las que no llegaban los sonidos peculiares del martilleo del hierro sobre el yunque, que escapaban de una fragua, de la fragua del herrero del pueblo. Desaparecieron las herrerías y camino parecido siguen las modestas herrerías, de manera especial las emplazadas en el medio rural. La transformación, con frecuencia radical, de estas colectividades, trae consigo el abandono y ulterior olvido de estas industrias caseras, que respondían a las necesidades de un mundo que se arrumba.

De algunas de estas fraguas nos hemos ocupado en estos últimos años, y una de ellas la describiré seguidamente.

En la localidad de Arriba, la herrería de Martín José Auzmendi Jaka se hallaba en el bajo de la casa Urrekategia, junto a la carretera y a la izquierda según llegamos de Gipuzkoa. Esta industria de Urrekategia apenas cambió con los años, y su origen lo teníamos en José Joaquín Auzmendi, abuelo del último y mentado herrero. El taller era de planta rectangular. Una puerta de tipo comporta –de dos hojas, inferior y superior–, cerca de una ventana servía de acceso desde el exterior. Otra entrada al fondo del local comunicaba con la cuadra, y una tercera puerta, a la izquierda según veníamos de fuera, nos llevaba al resto de la casa. Una escalera interior que arrancaba de la herrería alcanzaba el desván o *ganbara*, aprovechado como almacén para la madera precisa para el consumo de casa.

La fragua o *sutegia* se hallaba a unos cinco metros a la derecha de la puerta que daba al exterior. Conocimos el fuelle accionado a mano, susti-

tuido por un ventilador eléctrico. A un costado de la fragua reparé en un depósito para la arcilla empleada en la calda, y en otro recipiente de piedra, para el agua que requería el templado de la pieza en forja. En el lado opuesto se abría un orificio circular para la arena utilizada en el menester de la calda.

De la pared de enfrente pendían varios tipos de tenazas, casi todas reservadas para la forja del hacha. En el suelo se repartían diferentes piezas de hierro y acero, mezcladas con martillos de distinto tamaño.

Hacia el centro del local, un yunque se ajustaba sobre un cepo de madera, en el cual se apoyaban varios moldes empleados para conseguir la debida traza del ojo del hacha.

Junto a la ventana y en la encimera de una mesa se hallaban dos tornillos y una bigornia. Esta mesa de herrería recibía el nombre de *tornu gaiñe*.

En este taller, al igual que en otros de su clase, se consumía únicamente carbón vegetal, y la pira o *txondarra* necesaria para su logro la preparaba el herrero, con la ayuda de su familia y de algún carbonero de Amezketeta o Atallo.

En esta pequeña industria forjaron la azada; la azada pequeña para el maíz y la alubia; el apero llamado *lau-ortza*, así como clavos de diferentes tipos y la parte ferrada de la rueda del carro rural.

En una fragua de Baigorri me dijeron cómo a un herrero enfrascado en su trabajo se le acercó un amigo preguntándole: «¿Qué es lo que haces golpe a golpe? ¿Qué es lo que vas a forjar con ese hierro?». A lo que el herrero respondió: «Si se ensancha saldré una pala y si se tuerce lograré un gancho».

El herrero proseguía martilleando; pero al no conseguir forja alguna cogió la pieza y por la ventana trasera de la herrería la arrojó a un matorral, donde al mismo tiempo surgió un lobo.

Al ver esto, el amigo del herrero se dirigió al pueblo para divulgar lo que había presenciado: que el herrero había forjado un lobo y que era preciso separarlo de la fragua.

Reunidos los vecinos acordaron prohibirle la forja, abonándole lo necesario para que pudiese vivir sin trabajar.

Volvamos a traspasar el umbral de la herrería de la localidad de Arriba. Producción importante de esta fragua del Valle navarro de Araiz era la del hacha, la laya y el arado.

En un palo excavador tenemos el arado más antiguo, tirado primeramente sólo por el hombre, quien más tarde, para el mismo cometido, se



valió de la bestia. Con el arado se libera por vez primera la fuerza humana en las faenas agrícolas.

Creo acertada la puntualización que hace Telesforo de Aranzadi acerca de la laya cuando dice que este apero de labranza es probable sea anterior al empleo de la tracción animal.

La laya se compone de dos piezas de hierro o acero, que son los dientes u *ortzak* o las patas o *ankak*. Según me dijo un antiguo herrero de I-tsasondo, la laya forjada ex profeso para la mujer era más pequeña y de menor grosor, más ligera, que la reservada para el hombre.

En la villa de Amezketa supe que cinco layadores que formaban el grupo denominada *bost-zoia* tenían colgada de la rama de un árbol la jarra con la bebida que hiciese más llevadera la labor.

Concluida la tarea, se olvidaron de la jarra, y de vuelta en el caserío, uno de ellos la echó de menos y pensó que le habían robado. Ante esto imprecó de esta manera: «¡Ojalá se le seque un brazo al que tiene la jarra!» Más adelante comprobaron que la rama de la cual pendía la jarra estaba seca.

La laya ha estado presente en la iconografía de motivo rural identificada con San Isidro.

En el hacha tenemos la herramienta que ha servido al hombre desde los tiempos más primitivos. Desde aquellas de piedra hasta éstas de nuestros días, de hierro y acero, estilizadas y relucientes, el hacha no ha escapado al proceso evolutivo. El hacha, además de su principal cometido utilitario, figura en la mitología y en el campo del llamado deporte rural, y de su vasto empleo se puede colegir la importancia que su forja ha tenido.

«(...) el cencerro, un artista del bronce (...). El son de la esquila había de variar en cada rebaño, y su martillo, al modelar el cencerro, sabía encontrar el matiz con la seguridad del gnomo»,

nos dice Félix Urabayen en *El Barrio Maldito*, y no hay duda de que esta cita posee valor etnográfico.

Conocimos al forjador de cencerros o *yoaregille* del pueblo navarro de Zubieta. Le vimos trabajar en más de una ocasión, sirviéndose de la fragua o *sutegia*, que contaba con el correspondiente fuelle o *auspoa* movido a mano; del yunque o *xinguria*; martillo o *maillua*; las tijeras o *aixturrak*; el cincel o *zizela*; un pequeño crucero metálico para colocar la argolla o *karoia jartzeko burnia*, de la cual pende el badajo, y la artesa o *azpilla* destinada a la *buztina* o masa compuesta de arcilla o hierba. Empleaba también un punzón o *pon-txona*, para conseguir los motivos de ornato que llevan algunos cencerros.

Aparte de su destino principal, en la collera del animal, el cencerro se halla asimismo presente en el predio mitológico y no se encuentra exento de

facultades mágicas. El cencerro o *yoarea* lo llevan algunos bailarines y es medio, en algunos casos, de exteriorización festiva, como, por ejemplo, en no pocos pueblos, en la víspera de la Epifanía y en las carnestolendas, sin olvidarnos de las cencerradas de naturaleza burlesca, que anunciaban la boda de algún viudo o viuda, y que fueron prohibidas por Carlos III, en Bando de 27 de septiembre de 1765. Agregaremos que esta disposición no tuvo alcance práctico inmediato, vista al menos desde un plano general.

Al hablar del mundo laboral, en función del trabajo manual, debemos tener muy en cuenta los trescientos veinticinco kilómetros de costa del País Vasco.

En el siglo XII, Sancho el Sabio concede el Fuero a San Sebastián. Fuero que no olvida los negocios derivados del mar.

En el siglo XIII se construyen para el almirante Bonifaz naos y galeras en Santander, San Vicente de la Barquera, Portugalete, Getaria, Pasaia, etc.

Esta política llevada a cabo en tiempo de Fernando III prosiguió con Alfonso X el Sabio. Con Alfonso X fue notable la actividad de los astilleros a nivel concejil, con destino a la empresa de la Reconquista.

Las referencias más añosas que nos llegan acerca de nuestras embarcaciones se fijan en el medievo. Son nuevas que las conocemos por medio del testimonio gráfico. De esta manera podemos inferir que aquellas embarcaciones eran de tingladillo o de tablas superpuestas, con la roda y el codaste elevados.

En más de un puerto he conocido la grada del astillero que cobija la quilla y el costillaje de la embarcación en proceso de construcción, y he sido testigo del trabajo del carpintero de ribera, y en razón de la primera materia empleada por éste me parece oportuno un recuerdo a la dura dedicación del almadiero. No olvidaremos la almadía, que nosotros la describiremos diciendo que la formaban troncos de madera debidamente alineados y enlazados entre sí y repartidos por varios tramos entrelazados asimismo, que conducidos por el hombre discurrían a flote y río abajo.

Ciñéndonos a las almadías roncalesas, que han sido objeto de mi estudio, diremos que en el transcurso del siglo XVIII se da un hecho importante para su aparición y desarrollo. En la mentada centuria daba comienzo la explotación a gran escala de la riqueza forestal del Valle, Valle que contaba con deficientes y primitivos medios de comunicación.

En nuestros días, aquellos sacrificados almadieros, a quienes Félix Uribayen llamaría *gladiadores acuáticos*, vivían los riesgos que su peligrosa profesión les deparaba, y hoy se nos antojan, sin olvidar su condición real, personajes un poco de leyenda. Y puesto que he mentado la leyenda, en este valle de Roncal supe cómo varios almadieros de Burgui volvían de almadiar, y en la muga de Salvatierra de Esca y Burgui uno de ellos, apellidado

Larrambe, reparó en una *cabra coja*, y al ver que no podía andar sin esfuerzo la cogió al hombro y la llevó hasta el puente romano de esta pueblo roncales, donde la dejó en el suelo. El almadiero prosiguió camino a casa; mas apenas dio un par de pasos, la *cabra* se le quedó mirando y le dijo: «Gracias, Larrambe». La *cabra* en cuestión era una de las brujas que antaño, en tiempo ignoto, fue vecina de Burgui.

Volviendo al tema relacionado con el mar diremos que en su día nos ocupábamos de la genealogía de una familia de herreros de la villa de Deba, dedicada a la forja del ancla, la fisga, el arpón, etc.

En los pueblos de la costa era también frecuente la presencia del anzolero. En varias ocasiones visitamos al último anzolero/pelequero de Mutriku, nieto e hijo de artesanos de igual dedicación. Sentado en el banco propio del oficio, el sitio de trabajo de aquel anzolero se hallaba en la acera de la calle o en su establecimiento comercial, según lo aconsejase el tiempo.

La mayor parte de la producción del trabajador manual, que respondía a las necesidades de la sociedad de su correspondiente tiempo, se ha desarrollado en régimen familiar, principalmente. El taller, que pasaba de padres a hijos, era una prolongación del hogar, como acertadamente señaló Carmelo de Echeagaray.

Aquella actividad industrial, en contra de lo que se pueda inferir, no se llevaba a cabo de forma anárquica e improvisada, sino que la misma se hallaba sujeta a unas normas, se veía reglamentada por distintas disposiciones que arrancaban de los correspondientes gremios y cofradías, a los cuales pertenecían los artesanos bien en calidad de patronos o en su condición de asalariados o aprendices.

La organización gremial nace con la formación de los núcleos urbanos y declina ante la presencia de los centros fabriles modernos, en el transcurso de la segunda mitad del siglo XIX, principalmente.

En la cofradía religiosa no meramente espiritual encontramos la primigenia presencia de la actividad gremial.

Los maestros, oficiales y aprendices completaban los gremios. Sus ordenanzas establecían el tiempo de duración del aprendizaje, las condiciones exigidas a los oficiales para llegar a ser maestros y el número de estos que en cada localidad podía existir por cada oficio, entre otras cosas.

En nuestros días, como pálida reminiscencia de aquellas asociaciones gremiales quedan la rotulación de unas calles y algunas cofradías que, salvo el contenido más bien simbólico de parte de sus estatutos, se desenvuelven como simples organizaciones religiosas.

Los hombres y las instituciones son hijos de su correspondiente tiempo.